

## **El exterminio de los “anormales” como práctica violenta en Colombia y las acciones colectivas hechas respuesta.**

Jessica Castaño.

Según Girard (1995), “decimos frecuentemente que la violencia es “irracional”. Sin embargo, no carece de razones; sabe incluso encontrarlas excelentes cuando tiene ganas de desencadenarse” (p. 10). Esta afirmación podría sustentar una práctica social que toma fuerza en Colombia y que por su carácter violento ha sido nombrada como exterminio social, o mal llamada como “limpieza social”.

En el país, según un estudio reciente del Centro Nacional de Memoria Histórica y la Universidad Nacional liderado por Perea (2015), la práctica del exterminio social ha generado 4.928 muertes entre 1988 y 2013. Las ciudades con mayores índices de homicidio de este tipo son Cali, Cúcuta y Medellín, y los poblados que encabezan la lista son Chinchiná (Caldas), Aguachica (Cesar) y Villa Rosario (Norte de Santander). Además, según Flórez (2016), en Bogotá hay un muerto por linchamiento cada tres días: “entre junio de 2014 y el mismo mes de 2015, al menos 140 personas murieron linchadas en Bogotá y la policía salvó a 600 más de correr la misma suerte” (p. 1).

En el presente escrito van a entenderse las prácticas de exterminio a partir de los planteamientos de Perea (2015):

Grupos de personas encubiertas, a menudo envueltos en las tinieblas de la noche, asesinan a otras personas en estado de completa indefensión. Les disparan sin mediar palabra alguna, donde las encuentren, presos de la determinación de exterminar. Es una “limpieza” —dicen quienes perpetran esos crímenes—, queriendo significar que se ocupan del acto de remover la inmundicia y la suciedad. (p. 15)

Puede establecerse una relación entre estas prácticas y lo que Girard (1995) ha conceptualizado como el *sacrificio*, ya que la sociedad desvía sus impulsos violentos hacia una víctima “sacrificable”, es decir, aquella que con su muerte pueda librar a la sociedad de la amenaza latente de la violencia entre sus propios miembros. Pero ¿cómo se define a esa víctima que merece ser sacrificada? Según Feierstein (2000), las prácticas de exterminio pueden explicarse a través de aquello que Foucault llamó la *sociedad de normalización*, lo

que tiene que ver con procedimientos de disciplinamiento que hacen de los cuerpos productos dóciles, productivos, sanos, limpios y ante todo, obedientes.

Siguiendo al mismo autor, la normalización actúa a partir de la tipología binaria de mayoría/minoría, donde esta última “comenzará a relacionarse con los sectores que escapan a la “normalización” propuesta: discapacitados, enfermos, dementes, ladrones, holgazanes, grupos que por razones productivas, políticas o culturales, no logran ser aprehendidos por los conceptos de nación, ciudadanía o propiedad” (Feierstein, 2000, p. 22). Caben también en esta descripción aquellas personas que no se acomodan a los modelos de feminidad y masculinidad construidos por los regímenes patriarcal y heteronormativo, es decir, trabajadoras sexuales, personas trans, gais, lesbianas, entre otros.

Y han sido precisamente estos sujetos los protagonistas de las cifras de exterminio social en Colombia, de acuerdo al estudio de Perea (2015). La lista está distribuida de la siguiente manera en el período entre 1988 y 2013, según el tipo de víctima: 1.117 delincuentes comunes, 754 jóvenes, 641 habitantes de calle, 420 consumidores de sustancias psicoactivas, 140 recicladores, 125 LGBT, 77 trabajadoras sexuales, entre otros, exterminados a manos de grupos de “limpieza social” en su mayoría, seguidos por los paramilitares. Estas muertes suelen ser justificadas en espacios de todo tipo: familiares, laborales, políticos y comunitarios, y la razón suele orientarse a la defensa de la “gente de bien” o la preservación de la vida del conjunto (Feierstein, 2000).

En las argumentaciones más coloquiales pueden encontrarse alusiones a las prácticas de exterminio como una labor purificadora, similar a lo que plantea Girard cuando menciona que “es la comunidad la que el sacrificio protege de su propia violencia” (1995, p. 15), es la encargada de desviar esos impulsos hacia los sujetos anormalizados, que son los merecedores de la muerte. Se llega incluso a pensar que estas son formas de justicia popular, en respuesta a la desconfianza generalizada que sienten los ciudadanos hacia el poder judicial. Al respecto la Fundación Paz y Reconciliación en un estudio sobre linchamientos halló cuatro razones bajo las cuales son justificados:

1. La gente lo hace porque no hay respuesta institucional eficiente. Como no siente que las autoridades siempre acuden tarde al llamado de la comunidad, creen que pueden tomarse la justicia por sus manos.

2. Perciben que hay impunidad. El ladrón roba y queda libre. Y en los casos donde hay respuesta institucional, la justicia tampoco es eficiente.
3. Los linchamientos ocurren en zonas muy azotadas por la delincuencia. Ocurren tantos robos que se cansan y acuden a estas prácticas.
4. La mayoría de los casos de linchamiento, la justicia no castiga a nadie. Le pegan al ladrón y ninguna autoridad investiga a los agresores. Al final, los que linchan se sienten con la autoridad de seguirlo haciendo. (Citado por Flórez, 2016, p. 1)

Aparece entonces esta expresión violenta como una forma de conflicto social a la que hay que prestarle atención, especialmente en el momento coyuntural que atraviesa el país, pues como es bien sabido, la construcción de paz no solo debe darse en los campos y selvas donde han estado los grupos armados, sino también en las calles de las ciudades y los pueblos, en los parques, al interior de las casas y también en las instituciones. Cabe aclarar que las prácticas de exterminio social también en ocasiones son llevadas a cabo por agentes del Estado, lo que da cuenta de una visión de mundo que prefiere aniquilar la diferencia, antes que reconocerla y construir con ella. Al eliminar a la amenaza se da un “fin del ciclo: el cáncer social ha sido extirpado. Todo ha sido para curar al cuerpo social” (Feierstein, 2000, p. 23).

La verdadera amenaza, que es la justificación de las prácticas de exterminio, puede ejemplificarse con la cifra de 120 líderes sociales asesinados en Colombia durante los últimos catorce meses, según datos de la Defensoría del Pueblo, lo que pone en riesgo la construcción de paces territoriales, que no necesariamente tendrían que ser estables. Se trataría más bien de lo que planteó Zuleta (1985): “Es preciso construir un espacio social y legal en el cual los conflictos puedan manifestarse y desarrollarse, sin que la oposición al otro conduzca a la supresión del otro” (p. 77).

Vale la pena mencionar que a pesar del panorama gris que se ha desarrollado hasta aquí, existen distintas expresiones de acción colectiva que vienen enfrentando el fantasma de la aniquilación desde hace años, y otras que se han ido gestando con el pasar de los días, y que dan cuenta de las resistencias que siempre se configuran en medio de contextos conflictivos. Para este escrito van a citarse dos casos claros de prácticas colectivas de resistencia agenciadas desde Manizales, y que se dedican a robarle víctimas a las prácticas de exterminio.

Por un lado, la Fundación Comunitativa, ubicada en la Comuna San José, surge como respuesta a un macroproyecto de renovación urbana liderado por la Alcaldía de Manizales y a partir del cual fueron desplazadas varias familias de distintos barrios vulnerables de la zona. Esta comuna carga consigo un estigma territorial, debido a que algunas de las personas que la habitan hacen parte de esos sujetos “anormalizados” que viven en condiciones precarias en medio de la urbe. En el momento en que varias casas fueron demolidas, los dueños de las pocas viviendas antiguas y resquebrajadas que quedaron en pie decidieron empezar a sembrar en sus patios y hacer agricultura urbana para autoabastecerse, en vista de los escasos recursos económicos que circulaban en un barrio que parecía condenado a la desaparición.

La Fundación Comunitativa agrupa a varios habitantes de la comuna, niños y niñas, jóvenes y adultos, que han aprendido a cultivar sus propios alimentos. “El proyecto enfatiza en las semillas ancestrales de la región para recuperar y apropiarse de las tradiciones y el saber de las comunidades Andinas. Entre lo que sembramos hay cerca de 50 especies nativas” (Restrepo, citado por Escobar, 2014, p. 1). Sus sembrados permiten una relación directa con las frutas, verduras y hierbas que cultivan, sin necesidad de intermediarios que les arrebaten las ganancias y después vendan los productos a precios injustos; estas son prácticas agroecológicas urbanas y anticapitalistas.

La idea de la autosostenibilidad y la conciencia ecológica han logrado arrebatarle muchos chicos y chicas a la muerte, pues este espacio es conocido en la ciudad por ser “cuna” de personas que hurtan para sobrevivir, viven del sicariato, ejercen el trabajo sexual, expenden y consumen sustancias psicoactivas, entre otras prácticas que los convierten en blanco de las prácticas de exterminio. Gracias a la labor emprendida por Comunitativa, existen cinco universidades y treinta barrios de la ciudad interesados en replicar sus proyectos, lo que hace que se continúe trabajando en la generación de condiciones para la paz, cada vez de forma más articulada.

Por otro lado, un grupo de mujeres transgénero que viven de ejercer el trabajo sexual, ubicadas en una ciudad tan pequeña, conservadora y doble moralista como Manizales, se han colectivizado y se han autonombrado como Las Guapas, y han ido construyendo con el paso del tiempo una serie de prácticas de resistencia para luchar contra las múltiples violencias y formas de discriminación que enfrentan en su día a día, demostrando que

aunque los seres humanos estamos coexistiendo con el conflicto de manera constante, “en nuestras relaciones predomina la cooperación, la necesidad y también el deseo de ayuda” (Hoyos, 2008, p. 77).

Entre sus estrategias más destacadas se encuentra la reapropiación del espacio que han logrado en la Calle de las Guapas, que se ubica en el sector de la plaza de mercado de la ciudad, es decir, un lugar habitado por los “anormales”: consumidores de sustancias, ladrones, sicarios, vendedores ambulantes, habitantes de la calle y trabajadoras sexuales. Esta calle anteriormente, según Castaño y Salazar (2017):

...era rotulada como “La Calle de la Penicilina”, haciendo alusión a un lugar “tugurial” e “infeccioso” habitado por abyectos. En este crisol, surge la expresión “Guapa”, ya que, como lo expresan algunas de ellas “estar parado por acá en una esquina, arriesgando la vida, la salud, arriesgando muchas cosas...eso es de Guapas” (Maryury López), “Guapas para pararse aquí a las tres de la mañana casi en pelota... hay que ser Guapa” (Maritza Ramírez). (p. 131)

Ahora esta calle la ocupan ellas, Las Guapas, orgullosas mujeres con pene, y cada año se pinta allí un mural para continuar mostrándole a la ciudad que ellas son mucho más que las “putas que muestran mucha piel” en las esquinas y que obligan a los ciudadanos de bien a taparle los ojos a sus hijos e hijas para que no tengan que soportar la indecencia de “las del bajo mundo”. Además, experimentan con sus cuerpos para construir su propia versión de lo femenino, aumentando o reduciendo los volúmenes de sus figuras, mostrando aquellas partes que muchos no quieren mirar, mezclando colores en sus vestuarios y maquillajes, construyendo sus propios lenguajes para comunicarse entre ellas, y haciendo del humor y la alegría sus principales armas para la supervivencia cotidiana en medio del riesgo y la precariedad.

Las Guapas conformaron desde el año 2010 la Corporación Armario Abierto, desde donde luchan por visibilizar sus situaciones pero también por transformar sus condiciones materiales e inmateriales de existencia. Hoy son ampliamente reconocidas por distintos actores sociales e institucionales de la ciudad, a tal punto de convertirse en referentes al momento de hablar del sector poblacional LGBT en Manizales. Aunque durante los

últimos tres años tres de ellas han sido asesinadas y sus casos se han quedado en la impunidad, continúan luchando por arrebatarle los días a la muerte y hacer de este mundo un lugar más digno para vivir, donde sus cuerpos sean mucho más que mercancías vendibles.

Para terminar, vale la pena resaltar que ambos colectivos sociales trabajan de manera articulada con otras organizaciones e instituciones, construyendo lo que Lederach (2008) ha llamado los *espacios relacionales*, que dan cuenta de un enfoque del cambio social constructivo centrado en las relaciones. ¿A qué se refiere este enfoque? En palabras del autor:

He llegado a creer que la respuesta está en cómo enfocamos y entendemos los espacios relacionales en una geografía dada, en el tejido de la comunidad humanada definido a grandes rasgos como las relaciones entrecruzadas entre las personas, sus vidas, sus actividades, sus modalidades organizativas e incluso sus patrones de conflicto. (p. 123)

En el momento en que las trabajadoras sexuales trans o los habitantes de la Comuna San José se unen, comienzan a potenciar esos espacios relacionales en sus propios territorios, pero siendo conscientes de la necesidad de adherir a otras personas a la lucha por sus objetivos. A pesar de las dificultades que acarrea trabajar en red, estas organizaciones han logrado ser flexibles y convertir la crisis en oportunidad, a tal nivel que distintas instituciones del orden local y regional tienen la mirada sobre sus situaciones, conflictos y amenazas, pero especialmente sobre sus potencialidades, propuestas y agenciamientos. Ellos y ellas son vivas muestras de que las prácticas de exterminio social, tan naturalizadas y legitimadas en el país, pueden ser destruidas de una vez y para siempre, dándoles la oportunidad a los sujetos anormalizados de que compartan sus lecciones de vida e inspiren a otros con sus tácticas de supervivencia que les mantienen en acción a pesar de las condiciones de injusticia y desigualdad que les rodean.

### **Bibliografía.**

Castaño, J. y Salazar, M. (2017). "La Marcha de las Putas: sexualidades, control y resistencias". En proceso de publicación. *Revista Brasileira do Caribe*.

- Escobar, D. (2014, 20 de octubre). “Fundación Comunitativa: huertas urbanas en Manizales”. *Radio Nacional*. Recuperado de <https://www.radionacional.co/noticia/fundacion-comunitativa-huertas-urbanas-en-manizales>
- Feierstein, D. (2000). *Seis estudios sobre genocidio. Análisis de las relaciones sociales: otredad, exclusión y exterminio*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Flórez, C. (2016, 2 de febrero). “Un muerto por linchamiento cada tres días”. Recuperado de <http://www.elespectador.com/noticias/bogota/un-muerto-linchamiento-cada-tres-dias-bogota-articulo-622342>
- Girard, R. (1995). *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Anagrama.
- Hoyos, D. (2008). “Ética del cuidado: ¿una alternativa a la ética tradicional?”. *Discusiones filosóficas*, 9 (13), 71-91.
- Lederach, J. (2008). *La imaginación moral. El arte y el alma de construir la paz*. Bogotá, D.C.: Grupo Editorial Norma.
- Perea, C. (2015). *Limpieza social: una violencia mal nombrada*. Bogotá, D.C.: Centro Nacional de Memoria Histórica y Universidad Nacional de Colombia.
- Zuleta, E. (1985). *Sobre la idealización en la vida personal y colectiva*. Bogotá, D.C.: Procultura.